

El milagro de lo imposible

NOTAS A PARTIR DEL PRIMER CAPÍTULO DE *Cien años de soledad*

Elizabeth Corral

En la literatura de todos los tiempos hay inicios inolvidables: los del *Quijote*, *Moby Dick*, *La metamorfosis*, *Ana Karenina*. No faltan ejemplos en la hispanoamericana: ahí están *Pedro Páramo* y *Cien años de soledad*, la novela que ahora nos ocupa: “Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo”. Estas primeras líneas contienen la semilla de la manera inusitada en que se emplea el tiempo en la obra y de su carácter épico.

En ese instante, en espera de la detonación que luego sabremos que no ocurrió, convergen las experiencias de la vida frente a la inminencia de la muerte y arranca la saga de los Buendía, la que leerá –y nosotros con él– el último de la dinastía, construida con la memoria de los Buendía y la de Melquíades, en su calidad de mago que atraviesa como un fantasma las páginas de la novela y al final se revela, siempre desharrapado y con sus manos de gorrión, como el demiurgo que ha relatado la fundación y el ocaso de un pueblo y sus habitantes.

La atmósfera prodigiosa y mágica se instaura desde el principio. Melquíades visita el pueblo desde los tiempos remotos en que “el mundo era tan reciente” que faltaban palabras por acuñar; está ahí, como cada año, para mostrar el último invento, esta vez “la octava maravilla de los sabios alquimistas de Macedonia” (9).¹ El prodigio del hielo en el asfixiante Macondo se encadena con el recuerdo de Melquíades y los dos enormes lingotes metálicos, los fierros mágicos del gitano, que a su paso tiran pailas y calderos, “desesperan” clavos y tornillos, descubren objetos perdidos. “Las cosas tienen vida propia –pregonaba el gitano con áspero acento–, todo es cuestión de despertarles el ánima” (9). La visión quimérica de Melquíades se combina con la de un Buendía que siempre descubre las posibilidades prácticas de lo que asombra al pueblo, de la alquimia que su hijo transformará después en la manufactura interminable de pescaditos de oro: “José Arcadio Buendía, cuya desaforada imaginación iba siempre más lejos que el ingenio de la naturaleza, y aun más allá del milagro y la magia,

pensó que era posible servirse de aquella invención inútil para desentrañar el oro de la tierra” (9). Un pragmatismo que no desecha el encantamiento, sino se une a él, conjunción y sortilegio: “Exploró palmo a palmo la región, incluso el fondo del río, arrastrando los dos lingotes de hierro y recitando en voz alta el conjuro de Melquíades” (10).

El mundo de Macondo comienza con la feria anual del pueblo, la fiesta que reúne a los de afuera con los de adentro. La descripción de los esfuerzos de un mensajero por llegar a la capital señala a Macondo como un sitio tan remoto e inextricable como los reinos encantados de los cuentos feéricos o como la geografía fantástica referida por los grandes viajeros de la historia: tuvo que atravesar “la sierra, se extravió en pantanos desmesurados, remontó ríos tormentosos y estuvo a punto de perecer bajo el azote de las fieras, la desesperación y la peste...” (11). Y como en todo relato de origen, de afuera llega la figura del sabio, del que aconseja y guía las acciones del dirigente. Melquíades recuerda a Merlín, inspiración de



S/t

muchos magos de la literatura universal, memorable y memorioso, con quien parece compartir también poderes sobrehumanos y una sabiduría ancestral que hace pensar en la eternidad.

José Arcadio y Melquíades estaban destinados al encuentro. Al principio parecían de la misma edad, pero a los pocos años el segundo “había envejecido con una rapidez asombrosa” (12). Vestido con un chaleco de terciopelo “patinado por el verdín de los siglos” y con un sombrero “grande y negro, como las alas extendidas de un cuervo” (13), la figura de Melquíades se rodea siempre de nombres y lugares que refrendan su calidad excepcional, su comercio

Y como en todo relato de origen, de afuera llega la figura del sabio, del que aconseja y guía las acciones del dirigente.

Melquíades recuerda a Merlín, inspiración de muchos magos de la literatura universal.

con saberes velados a la mayoría. Decía conocer las claves de Nostradamus, las fórmulas de Moisés y Zósimo; sus andanzas lo habían llevado a Persia, Malasia, Japón, Alejandría, Madagascar; tenía un aura triste, “con una mirada asiática que parecía conocer el otro lado de las cosas” (13).

Las reservas iniciales de José Arcadio hacia el gitano se desvanecen pronto y traban una gran amistad. El mago comparte con él los descubrimientos del ancho mundo que recorre en sus andanzas interminables, fuente de inspiración de todos los experimentos de Buendía, y para toda la aldea resulta evidente la transformación de José Arcadio bajo la influencia del gitano. José Arcadio



Off Mulholland, vol. II

actúa primero como “una especie de patriarca juvenil” que “colaboraba con todos [...] para la buena marcha de la comunidad” (15). Es el momento idílico de la historia, el del trabajo y el bien colectivos, con una justicia más justa y todavía sin muertos que contar. Los beneficios de las iniciativas de José Arcadio alcanzaban a todos los habitantes, haciendo de la aldea un remedo del paraíso contado por la Biblia y los cronistas de Indias. Luego de conocer a Melquíades, cae en la fascinación de los estudios que lo asombran de su propio entendimiento.

José Arcadio, excéntrico como suelen ser las criaturas de García Márquez, especie de científico desaforado e intuitivo, no flaquea ante la indiferencia que el mundo le reserva. Curioso como niño

y obstinado como el hombre que no tiene que dar cuentas a nadie, pone cuerpo y alma en lo que llama su atención, con resultados sorprendentes, como la idea que concibe luego de años dedicados a los cálculos astronómicos:

Los niños habían de recordar por el resto de su vida la Augusta solemnidad con que su padre se sentó en la cabecera de la mesa, temblando de fiebre, devastado por la prolongada vigilia y por el encono de su imaginación y les reveló su descubrimiento:

“—La tierra es redonda como una naranja” (12).

Es de nuevo Melquíades el encargado de poner orden entre quienes creen loco al patriarca, al

exaltar la inteligencia de ese hombre que con especulaciones astronómicas construyó una teoría ya comprobada, pero “desconocida hasta entonces en Macondo”. Y como prueba de su admiración, le regala un laboratorio de alquimia “que había de ejercer una influencia terminante en el futuro de la aldea” (12).

En *Cien años de soledad*, las coincidencias de opinión entre el lector y los personajes se dan con frecuencia a partir de malos entendidos. Si la reacción de Úrsula ante el descubrimiento de su marido parece justa: “Úrsula perdió la paciencia. ‘Si has de volverte loco, vuélvete tu solo’”, y entendemos que toda la aldea se convenciera de que “José Arcadio había perdido el juicio” (12), la explicación de Melquíades nos aclara

que los macondianos reaccionaron como los contemporáneos de Colón cuando expuso la misma idea. Así, en la novela, razón y sinrazón no guardan las mismas relaciones que marcan el sentido común y la costumbre. Los “adelantos” de la humanidad, por antiguos que sean, no pueden darse por sentados en Macondo, la aldea que se nos cuenta desde una fundación que guarda el aroma del principio de todos los tiempos, y reproduce a su propio ritmo y en su propio momento la historia de la humanidad.

Melquíades pregona con sentencias proféticas las novedades que lleva a Macondo: “Dentro de poco, el hombre podrá ver lo que ocurre en cualquier lugar de la tierra, sin moverse de su casa” (10). Referidas a la lupa “del tamaño de un tambor” y al catalejo que permitía ver al alcance de la mano a la gitana sentada en un extremo de la aldea, estas palabras publicadas en 1967 se han vuelto realidad cabal en este siglo XXI, regido por los adelantos tecnológicos. No se trata aquí de ese ardid que con razón Ernesto Volkening ve como característico de García Márquez, el de hablar con desenfado y como si no valiera la pena de las cosas que más importan al escritor, sino de un rasgo del arte —y *Cien años de soledad* es gran arte— que parece anunciar el porvenir que luego se demostrará por los caminos de la razón, como la perspicacia de la poesía al cantar a lo largo de los siglos lo que la ciencia ya confirmó, que estamos hechos de polvo de estrellas. Pero García Márquez circunscribe estas visiones, estas previsiones, a contextos de una materialidad común, insulsa y hasta un poco ridícula, que muestran lo extraordinario de lo cotidiano, de los pequeños inventos de utilidad práctica que hemos dejado de notar por familiares, pero que revelan su magnificencia cuando

se adopta una perspectiva inusual que les confiere un brillo y un alcance muchas veces revelador. Pienso en la juventud recobrada de Melquíades gracias a la dentadura postiza, uno de los muchos “aparatos mágicos” que hacen sentir a José Arcadio la estrechez de Macondo y lo incitan a buscar el contacto de Macondo con la civilización, que, significativamente, vislumbra solo hacia el norte.

Los Buendía se delimitan según su carácter introvertido o extrovertido, los primeros imaginativos, misteriosos e imprácticos, con la cabeza en divagaciones y descubrimientos; y los segundos alegres, vitales, con los pies mejor puestos en la tierra, aunque sin perder su extravagancia.

El gitano —“enredado en los minúsculos problemas de la vida cotidiana” a pesar de su enorme sabiduría—, hacía relatos fantásticos que maravillaban a los niños, y Aureliano, “que no tenía entonces más de cinco años”:

Había de recordarlo por el resto de su vida como lo vio

aquella tarde, sentado contra la claridad metálica y reverberante de la ventana, alumbrando con su profunda voz de órgano los territorios más oscuros de la imaginación, mientras chorreaba por sus sienas la grasa derretida por el calor. José Arcadio, su hermano mayor, había de transmitir aquella imagen maravillosa, como un recuerdo hereditario, a toda su descendencia (13).

La memoria de los Buendía se entrevera, el recuerdo ajeno se hereda como si fuera propio. No hay robo, no hay plagio. Se trata de la unión que desdibuja las individualidades, aun de espíritus fuertes como los Buendía (a pesar del barullo onomástico), cuando se crea una leyenda y una tradición.

De rasgos característicos que permiten su clasificación en dos tipos, los Buendía se delimitan según su carácter introvertido o extrovertido, los primeros imaginativos, misteriosos e imprácticos, con la cabeza en divagaciones y descubrimientos; y los segundos alegres, vitales, con los pies mejor puestos en la tierra, aunque sin perder su extravagancia. El patriarca José Arcadio abandona las obligaciones tangibles por su fascinación conjetural a partir de su encuentro con Melquíades, pero antes, junto a su habilidad para hacer de Macondo una aldea ordenada y laboriosa, hay pruebas de la singularidad de su carácter. Si los gitanos fueron capaces de encontrar un Macondo perdido en la ciénaga, fue por el canto de los pájaros con los que llenó todas las casas de la aldea, “tan aturdidor, que Úrsula se tapó los oídos con cera de abejas para no perder el sentido de la realidad” (16).

El fin de la era idílica de Macondo se relaciona con Melquíades y los portentos que exhibe en

En José Arcadio vemos personificadas muchas de las actividades desarrolladas por la humanidad. Con esta andanza se vuelve explorador y geógrafo, sólo que de la manera original, inverosímil y caprichosa propia de las mejores criaturas de García Márquez.

Macondo. José Arcadio, decíamos, abandona su iniciativa social por la “fiebre” de los descubrimientos que despiertan sus ansias por “conocer las maravillas del mundo” (16). Sus costumbres cambian y se convierte en un hombre de apariencia salvaje –víctima de un extraño sortilegio, en opinión de los lugareños–, pero no pierde su capacidad de convocatoria: logra reunir a un grupo de hombres que lo ayuden a encontrar la manera de comunicar a Macondo con el resto del mundo. Desecha la ruta de oriente –el camino por donde había llegado su abuelo Aureliano, fundador de Macondo– “porque sólo podía conducirlo al pasado”, así como las del sur y del occidente, las tres descritas con menciones que remiten a mundos extravagantes y fantásticos, de piratas y sirenas (16-17). La aventura los lleva por territorios ignotos de vegetación exuberante, reacia a la labor humana, y de un silencio “anterior al pecado original”. Luego de los muchos esfuerzos, concluye que Macondo está en una península. Es cuando concibe la idea, que no encuentra el respaldo de los macondianos por obra de Úrsula, de trasladar la aldea a un lugar que la acerque a la civilización que tanto anhela.

En José Arcadio vemos personificadas muchas de las actividades desarrolladas por la

humanidad. Con esta andanza se vuelve explorador y geógrafo, sólo que de la manera original, inverosímil y caprichosa propia de las mejores criaturas de García Márquez. Cuando comienza a prestar atención a sus hijos, se convierte en el maestro de hechos insólitos y alucinantes que fabrica su enorme imaginación.

“... desde 1600 es ya materialmente evidente que extraordinarios escritores, nacidos en América, expresan en la lengua castellana de sus regiones un complejo cuerpo verbal al cual no se puede llamar sino literatura”, afirma José Balza en *Red de autores*. Lo traigo a colación porque la obra de García Márquez continúa y ratifica ese fenómeno observado por el venezolano: el lenguaje y la maestría fabuladora de *Cien años de soledad* le confieren originalidad, audacia, magnificencia. En las manos de García Márquez las palabras, aun las más pedestres, parecen brillar, estremecerse, vibrar, agrietarse, y cobran cuerpo las analogías de Barthes entre la lectura con el eros y la escritura con la seducción. Su prosa encandila, opera un encantamiento. En su juventud pensaba que la manera más feliz y antigua de contar un cuento era cantando y la musicalidad de sus narraciones (uno de sus rasgos característicos) permite suponer que nunca desechó esa idea. Para García Már-

quez, no existe diferencia entre el lenguaje de la prosa y el de la poesía. Dice en *Vivir para contarla* (donde puntualiza la referencialidad de mucho de lo fabulado en su obra mayor, aun lo más insólito):

Me alegró que un ensayista de tanto prestigio [Alfonso Reyes en *La expresión literaria*] se ocupara de estudiar las canciones de Agustín Lara como si fueran poemas de Garcilaso, con el pretexto de una frase ingeniosa: ‘Las populares canciones de Agustín Lara no son canciones populares’. Para mí fue como encontrar la poesía disuelta en una sopa de la vida diaria (245).

Y con poesía escribió *Cien años de soledad*, monumental y felizmente viva a sus 50 años. **LPyH**

BIBLIOGRAFÍA

- Balza, José. 2011. *Red de autores. Ensayos y ejercicios de literatura hispanoamericana*. México: Bonilla Artigas.
- García Márquez, Gabriel. 1970. *Cien años de soledad*. Buenos Aires: Sudamericana.
- García Márquez, Gabriel. 2010. *Vivir para contarla*. México: Diana.
- Volkening, Ernesto. 2010. *Gabriel García Márquez, “un triunfo sobre el olvido”*. Bogotá: FCE.

• **Elizabeth Corral** estudió en la UNAM, en la Universidad de Toulouse-Mirail y en El Colegio de México. Es autora de libros, ediciones, capítulos de libro, reseñas, traducciones y artículos en revistas nacionales e internacionales. Trabaja como investigadora en la UV.

NOTA

¹ A partir de aquí, todas las referencias a *Cien años de soledad* se indican sólo con el número de página.